

Transgresiones de la sensibilidad

Caramba



“Caramba” en vez de cualquier otra palabra algo más gruesa porque — *si bien los recuerdos de Aspasia y los míos eran, son*, decía por ir aligerando cualquiera de las dos Fuenfría *prácticamente idénticos salvo en pequeñas diferencias... ¡y de Proserpina no se disponía de datos muy concretos porque Luzmila era un verdadero desastre!* — ella, Aspasia¹, siempre estuvo mejor educada porque, *por circunstancias sobre las que cada vez que se sacaba a relucir el tema papá, temeroso siempre de que un*

exceso de datos que memorizar pudiese distraerlo apartándolo de sus investigaciones, insistía en “eso saltároslo, que se puede obviar”, se había criado, y de ahí tal vez tantos puntos de afinidad como siempre tuvo con la abuela, con ella, en un ambiente bastante más selecto y tan distinto del que los demás *gozásemos*.

Un sencillo y anodino “Caramba” que, si no venía a coincidir con la afortunada circunstancia de que la tía Melinda — que era la más exigente con lo que ella se obstinaba en denominar **rigor histórico** y Felipe el segundo llamaba llanamente **minucias que no aportan absolutamente nada a la idea central que nos ocupa** — estuviese discutiendo por lo bajo con el tío Aniceto, acarrearía demoras y algún disgusto porque objetaría, ella, que **ahí** jamás se había dicho semejante cosa sino... algo que deslizaba en el oído de su esposo seguido de la indicación de **anda, dilo**.

El tío Aniceto decía entonces alguna otra palabra algo más gruesa y que por qué, de parte de la tía, se toleraban licencias tales.

Era justo este — cuando apenas el tío Astolfo acababa de arrancar explicando que por cuestiones familiares la tía Bárbara se había criado lejos, con su otra abuela, una señora rica y elegante que le había proporcionado una educación costosa en un ambiente mucho más refinado que el que los demás *gozásemos* — uno de los tantos puntos en que mamá

¹ Había entonces que retroceder y perder, por muy mal que sentara, el terreno ganado; porque ésta era la poco corpulenta, pero, como además era la más impaciente, siempre se adelantaba.

Transgresiones de la sensibilidad

Caramba

se ponía hecha el basilisco que solía y, furiosa, se encaraba con él preguntándole dónde estaba el gozo “dónde coño, que no sé ni cómo me contengo para no ahogarte, Astolfo” de haber vivido **poco más** que al filo de la indigencia aunque, en honor a la verdad — o eso era al menos lo que la madre de la prima Juliana decía — ella exageraba y *no le hagáis mucho caso, ya sabéis cuánto la altera su herm... bueno, “medio”, claro, con sus delirios de grandeza sólo por contrarrestar.*